

RAFAEL SQUIRRU

CARTA A UN JOVEN POETA  
LATINOAMERICANO

17 de noviembre de 1964.

---

QUERIDO SERGIO:

De vuelta de mi viaje a París, donde asistí a la Reunión de la UNESCO, encuentro tu cariñosa carta de 26 de octubre que procuraré contestar según mis luces y confiando que cualquiera sea la discrepancia que persista en nuestras conclusiones habrás de brindarme el mismo honor que yo te hago, que es el de creer a pie juntillas en tu sinceridad. Me preguntas cómo es posible que actuando en un organismo como la OEA, que tú descuentas como simple instrumento de la política yanqui, puedo yo pretender una posición independiente en materia tan delicada como lo es el mundo de la cultura. ¿Crees tú que para ello, vale decir para mantener esa libertad de criterio, menester es alejarse en forma equidistante de los bandos en pugna ya que sólo así sería posible la síntesis que preconizamos? Aun cuando los ejemplos son peligrosos y en este caso particular, burdos, te daré un ejemplo que aclarará mi pensamiento. Supongamos que alguien preguntase cuánto son  $2 + 2$  y que un observador contestase  $2 + 2$  hacen 5. Crees tú que para ser equidistante de la respuesta exacta de 4 respecto de la falaz de 5, habría que buscar una contestación que dijese  $2 + 2$  son  $4\frac{1}{2}$ ? No lo creo, ni lo crees tú tampoco.

Cuando las verdades son verdades nos aproximamos o demoramos en ellas aceptándolas como tales. Reconozco que en materia política la verdad es mucho más ambigua que en el reino de las matemáticas y reconozco que hacer juicios tajantes en esa materia es peligroso y a menudo catastrófico. Pero hay un punto que atañe un ámbito que por su naturaleza si bien se gesta dentro de la comunidad y forma parte de la vida de ella, tiene por la jerarquía de su cometido un rol

que está por encima de eso que llamamos la política. Trátase de un punto al que se ingresa con precisión geométrica.

El ámbito al cual me refiero es precisamente el ámbito de la cultura. No se trata aquí de buscar definiciones que colman volúmenes y más volúmenes dedicados a tan delicada materia. Baste decir que uso cultura en su acepción más pura, el gesto creador del hombre en toda la gama de su ser. Cultura así entendida, es tanto la obra musical y poética cuanto el acto del amor o el desplante inédito del jugador de fútbol. ¿Y dónde se gesta el fenómeno a que aludimos? Dirá el economista y dirá mal que este acto creador se gesta en las posibilidades económicas de quien lo emprende. Dirá y dirá mal el psicoanalista de que este acto se gesta en la libido de nuestro cliente. Dirá y dirá mal el biólogo evolucionista diciendo que este acto se gesta en leyes mecánicas de la naturaleza que nos impulsan irremisiblemente a una perfección progresiva y fatal. Diré yo y lo dejaré librado a tu criterio, que el acto creador se gesta en la libertad anímica de quien lo produce. No uso las grandes palabras para evadir responsabilidades. Alma y libertad son grandes palabras. Alma es el ser de cada cual, aquella integridad en que interviene el cuerpo y la pasión, el sentimiento y las razones que utiliza para elevarse a motivaciones cada vez más sutiles y más profundas. Libertad es la conquista progresiva del alma que se va desembarazando poco a poco de los temores idolátricos a que hiciera referencia Bacon hasta depurarse a sí misma al punto en que la generosidad pesa más que el egoísmo, la humildad más que la vanidad, el amor más que el odio y la sabiduría más que la tontera. Si bien el acto creador se gesta en la íntima libertad del alma de cada persona, el alimento que nutre sensibilidad e inteligencia y el resultado de esa gestación están íntimamente vinculados a la realidad social. El hombre, ya lo apuntó Aristóteles, para ser solitario de verdad bien tendría que ser un dios, bien una bestia y para quienes apuntamos al hombre perfectible, pero hombre, ni dios ni bestia, esta realidad social de la que hablo es un aspecto de nuestra realidad humana del que no podemos desentendernos. Libertad en crear, libertad para crear y libertad para manifestar lo creado. Son estas manifestaciones de la vida de la cultura, que es como decir de la vida, que cual índice barométrico marcan el estado de salud o de enfermedad de todas y cada una de las comunidades en que está organizado el orbe moderno.

Partimos de la base de que el hombre es imperfecto y que por tanto las instituciones que produce exteriorizarán necesariamente su imperfección. Partimos de la base que el progreso es un camino individual y colectivo y no una meta ya que nunca se llega en la medida en que

permanezca abierta la puerta de la imaginación a futuras conquistas del espíritu. Quisiera recordarte que cuando hablo del espíritu considero al cuerpo una parte integrante del mismo. Siendo ésta la realidad del hombre y su condición, ¿que es lo más que podemos esperar de las estructuras sociales dentro de las cuales el hombre vive y se manifiesta? Aquí viene la gran discrepancia filosófica entre los regímenes imperfectos de los así llamados democracias y el reclamo de perfección de todos los totalitarismos.

Para el Estado totalitario el hombre es un engranaje perfecto dentro de una organización perfecta. El Estado adquiere una entidad mística propia que justifica la disociación de la personalidad individual en aras de un supuesto bien común. Para el Estado totalitario el orden es el bien supremo de la maquinaria y todo aquello que represente la alteración del mismo debe ser sacrificado al buen funcionamiento del aparato. El Estado totalitario llámeselo fascismo, llámeselo comunismo, en cualquiera de sus versiones, rusa, china o cubana, declara que el arte y la creación humana están al servicio del Estado, que no son ni pueden ser independientes del mismo ya que el bienestar de la comunidad que deberá medirse en términos económicos y sus superestructuras depende estrictamente de esta ordenación jerárquica de valores.

Para el Estado totalitario desde Platón a nuestros días pasando por todas sus manifestaciones, el hombre de la cultura es un absurdo que no debe tolerarse. Y en verdad que si la cordura fuese la última realidad del hombre, entendiendo por cordura la racionalidad total, cabe preguntar hasta qué punto no hay razón en esta tesis de la que por lo pronto se elimina la angustia. Los más de quienes abrazan la filosofía del totalitarismo o de cualquier dogma que conteste las terribles preguntas del destino eximiéndonos de usar responsabilidad moral que consiste en dar nuestra propia contestación, en construir y saltar nuestra propia valla, son personas que se resisten a la angustia de las propias respuestas para evitar a sus espaldas el peso doloroso de la propia cruz. Armados con las contestaciones de catecismo cuánto más fácil se hace recorrer este trayecto, valle de lágrimas sin la duda que nos carcome, sin la nada que nos desafía, sin el hijo que nos llama más allá de nosotros mismos y de las leyes que hemos construido. Preguntarás, ¿Y en qué difiere esta organización de las democracias y sus religiones? y te daré una contestación simple: en las democracias la sociedad se estructura no al servicio del Estado sino al servicio de la personalidad humana. Existirán los atropellos, existirá la injusticia, existirán la miseria y el hambre; inclusive existirá la persecución, pero en última instancia y mientras la democracia no caiga en el juego del adversario.

habrá un margen para el desarrollo de la personalidad del hombre en términos de libertad. No quiere esto decir que los gobiernos democráticos ordenen con el fervor que sería de desear a la sociedad según los valores de la cultura. Si quiere decir, y aquí reside el meollo de la cuestión, que dentro del régimen democrático se permitirá que los hombres de la cultura existan y se manifiesten con la libertad inherente a su cometido.

Esta diferencia que es una diferencia de principio, no ya una mera diferencia de resultado, hace que el hombre de la cultura no pueda vacilar en la elección de su campo en términos de adhesión y de repudio, según el caso. No se trata aquí de constatar lo que por otra parte puede hacerse fácilmente. Los resultados espurios del arte y del pensamiento dirigidos propagandismos baratos de todos los regímenes totalitarios frente a la creación angustiada y bella del alma que se expresa a sí misma dibujando un hombre caído en el espacio, pero capaz de levantarse. Descendiendo de este plano declarativo al de vigencia más práctica me permito negar la acusación de que no puede hacerse obra cultural dentro de los Estados Unidos o dentro de la OEA, dentro de las mal funcionantes democracias de nuestra América Latina. Mi experiencia es otra. Mi experiencia es algo más que una declaración. Están los hechos para comprobarlo. Por cierto que se produce dentro del órgano democrático la erupción a veces virulenta de las toxinas. Por cierto que quienes como yo lanzan una acción de tesitura cultural se ven a menudo acusados de subversivos acometidos por el reaccionarismo latente en los sectores negativos de la más progresista de las sociedades. Por cierto que existen mártires como esos jóvenes asesinados en el sur en plena tarea de dar testimonio de la dignidad de todas las razas y todos los hombres. Pero la persecución y el martirio mismo son solo posibles dentro del ámbito donde se los comprende como tales. Quiero decir que al menos en la democracia estas situaciones extremas se presentan como posibilidades de testimonio. Pero yo pregunto ¿qué posibilidad de martirio existe en el Estado totalitario? y mi respuesta es ninguna. Aletargado el hombre en lo que hace más de cerca a su dignidad ya no le queda energía ni posibilidad de testimonio. ¿Qué sentido tiene dentro de la maquinaria montada por la tiranía, el testimonio de un poema, de un cuadro o de una rosa? En la conmoción sísmica donde el pueblo ha sido substituido por el concepto de masa, donde los dirigentes se cambian de espaldas al más leve rastro de voluntad popular y donde las directivas sociales permanecen en el más absoluto de los anónimos, qué rol cabe a la personalidad del hombre para manifestarse. Si elegir, pues, entre la libertad y la esclavitud es

afirmar que  $2 + 2$  son 4, que no son 5 ni  $4\frac{1}{2}$ , sí he elegido pandos, pero no los he elegido para seguir al servicio de ninguna injusticia ni los he elegido para poner la cultura al servicio de nada que pueda ser facción o partidismo político. Mi facción y mi partido es el hombre mismo testimoniado en su integridad y simplemente constato que dentro de la democracia me es permitido ese testimonio y dentro de la tiranía del comunismo ese testimonio no me es permitido. Si la democracia está sana el testimonio servirá de estrella polar a los políticos, no como algo que lo sirve sino como algo que ilumina su camino. Y si la democracia está enferma, el testimonio servirá de denuncia dejando en carne viva las heridas para que la salud del pueblo las restañe. Testimonio guía como la música de Bach o de Mozart o de César Frank, testimonio diatriba como las imprecaciones del profeta Amos, las crueldades del Quijote, las puñaladas del Martín Fierro o los latigazos de Picasso y de Neruda, todo eso es posible dentro de la democracia, nada de eso es posible dentro del totalitarismo. Es en esta elección donde dirime en última instancia el destino de la especie y la libertad, como dicen los hindúes, "se salvará una vez más caminando por el filo de la navaja". Ni es otro el camino que nos queda a los hombres de la cultura. Y es esta una partida en la que no podemos equivocarnos. Si existen males sociales denunciémoslos; si existen miserias económicas o biológicas apliquemos nuestra inteligencia para resolverlas y si existe una elección entre libertad y miedo, elijamos la libertad.

Angustiado sí por el papel que me toca jugar que puede parecer equívoco para quienes aún no hayan comprendido cabalmente los términos de esta lucha, mi rumbo está marcado y la energía que me queda no permitirá que se desvíe el timón de mi destino. Ya son demasiados los cascotazos que he tenido que recibir para que a esta altura del partido me sorprenda la incompreensión o la tergiversación de mis ideales. Denunciado por las izquierdas y las derechas, por los revolucionarios a la violeta de la irresponsabilidad y los reaccionarios de la falacia de que Dios no se mueve, es mi determinación inquebrantable mantenerme fiel a mi ser de hombre y de americano. Valga la tradición en lo que tiene de valiosa que es lo que tiene de vital. Los compañeros de otra época que cruzaron los Andes para sembrar la libertad por estas tierras cuando se debatió el ser político de nuestros pueblos y hoy que se debate, ya no su ser político sino su ser humano en lo que tiene de personal y de intransferible, válgame aquel ejemplo para seguir sin doblarme al servicio de la misma causa que en cada ge-

neración renueva el dilema y nos pide dar vida al testimonio de nuestro tiempo.

Jugando estoy, pues, en la causa del Hombre Nuevo. En ella me encontrarás cada vez que me busques.

Un abrazo cordial,

Rafael Squirru, Director del Departamento de Asuntos Culturales.